



Retrato de Johann Peter Eckermann realizado por Johann Joseph Schmeller en 1825.

ESTUDIO PRELIMINAR

Johann Peter Eckermann nació, hijo de humildísima familia, el 21 de septiembre de 1792, en la aldea de Winsen an der Luhe, entre Luneburgo y Hamburgo, en el Electorado de Hanóver. En el prólogo a sus *Conversaciones con Goethe* ofrece noticia cumplida acerca de su origen, condición y circunstancias, hasta que entabló la alta amistad que había de hacer famoso su nombre. Esas indicaciones tuyas pueden completarse con algún otro sucinto dato: en 1827, la Facultad de Filosofía de la Universidad de Jena le confirió el grado de doctor; en 1831 contrajo matrimonio con Johanna Bertram; en 1838 fue nombrado consejero palatino y bibliotecario de la gran duquesa de Sajonia-Weimar-Eisenach... Eckermann murió en Weimar el 3 de diciembre de 1854.

Se ha ponderado, y ello es justo, el mérito de un hombre que, nacido en las condiciones sociales más desfavorables, en un ambiente de extremada pobreza y de vida espiritual increíblemente angosta, se elevó por su resuelto impulso hasta alcanzar el trato y la confianza de quien, como Goethe, era, a la vez que la figura literaria más considerable y considerada en la Alemania de su tiempo, un personaje oficial, un potentado. Y, en verdad, resulta conmovedor el relato que hace Eckermann del modo como vino a descubrir siendo aún niño su sentido y aptitudes para el mundo del arte, y cómo fue penetrando en este mundo a costa de trabajos y en lucha con inconvenientes que hoy nos parecen casi inverosímiles. La historia del dibujo copiado y de la equivocación doméstica respecto de la profesión de pintor revela un estado de vida aldeana, elemental casi, que suscita un movimiento de extrañada curiosidad desde las condiciones del presente, en que el desarrollo técnico alcanzado ha roto, para bien y para mal, el aislamiento rural que ahí se nos representa tan a lo vivo.

Pero, si es cierto que sólo una resuelta vocación podía hacer salir de ese fondo agrario a quien no recibía allí estímulo alguno procedente del exterior, también es verdad que aquellas circunstancias presentaban su lado ventajoso. Por de pronto, no existía aún esa dura competencia que después había de irse desencadenando a lo largo del siglo XIX; y una vez

apuntadas las aptitudes infrecuentes en el muchacho aldeano, todo fue alrededor suyo buena voluntad para propulsarlas. Luego, la juventud de Eckermann coincidió precisamente con la primera gran conflagración europea, que despertaría a las poblaciones dormidas en viejas relaciones tradicionales para lanzarlas hacia una revolución social acelerada de continuo en un dinamismo siempre creciente hasta hoy; participó en las guerras napoleónicas, fue traído y llevado por aquel vendaval, y eso le puso en contacto con el ancho mundo, empujándolo hacia caminos que entonces comenzaban a abrirse y creándole de momento situaciones poco propicias al arraigo que, según pudo comprobarse luego, constituía una fuerte propensión de su naturaleza. Y por último, la multitud de los centros de cultura y de poder en la Alemania de entonces —esa multitud que el propio Goethe celebra en estas *Conversaciones* como una bendición para la viña del espíritu— ponía al alcance de la mano de cualquier joven bien dotado los medios y relaciones a que no puede llegarse sin dificultad en una gran nación unificada y centralizada.

Por todo ello, si tuvo mérito Eckermann, tampoco le faltó fortuna; y no fue pequeña, en definitiva, la de haber podido asociar su personalidad discreta a la más plena y luminosa de su tiempo, uniendo así para siempre su nombre al de Goethe. Sólo que tal fortuna no es puro accidente, no fue por completo ciega: en medio del azar, y condicionándolo, se tropieza con la peculiar naturaleza de un ser nacido para el servicio y la fidelidad, y cuya forma de realizarse en la vida no podía ser otra que fidelidad y servicio.

El propio Eckermann tenía clara consciencia de esta su esencial condición. En las *Conversaciones con Goethe* habla de sí mismo en términos que lo declaran: «Mi alma —explica— se apodera de todo con cierta energía, y saca de todo el mayor alimento posible... Suelo llevar a la sociedad mis simpatías y antipatías, y cierta necesidad de amar y de ser amado. Busco un ser que se adapte a mi naturaleza más íntima, y desearía consagrarme a él por completo, y no tener nada que ver con los demás». Eso dice de sí mismo. Y frente a una tan abierta ansia de entrega, de consagración apasionada y exclusiva, oímos a Goethe definir, por contraste, su actitud espiritual: «Yo he considerado siempre a un hombre como un individuo existente por sí, a quien quería conocer en su peculiaridad, sin pedirle ningún género de simpatía». Y después de esto, suena casi a ironía el consejo: «¡Hágalo usted también!», que Eckermann, previsiblemente, se propone seguir en lo que pueda.

La tensión entre esas dos almas, tan diferentes, constituye el nervio de la obra y le presta, a mi entender, su más acusado valor literario. Porque —claro está— las conversaciones de Eckermann con Goethe pueden ser tomadas y apreciadas como un documento del gran poeta, y quizá sea ésta su principal significación; en todo caso, ha sido la significación que de un modo general se le ha reconocido. Pero, no obstante, es una composición literaria que contiene en sí otros distintos centros de interés y que, aparte de las direcciones a que apunta, está cargada de íntimo dramatismo, por mucho que su autor no haya perseguido ni tal vez querido este resultado.

En efecto: un análisis, aun superficial, nos asomaría por de pronto a las siguientes grandes perspectivas:

Primero. El documento aludido. Pues las *Conversaciones* ofrecen testimonio de la vida del poeta y, con eso, elementos para completar la comprensión de su obra. Suministran constancias sobre el aspecto físico de Goethe, su salud, su humor, sus costumbres, sus actos. Más aún: nos hacen conocer sus reacciones emocionales frente a acontecimientos que debieron herirle en lo más hondo, tales como las muertes del Gran Duque, de la vieja Gran Duquesa, de su propio hijo; sus reacciones temperamentales frente a pequeños sucesos de la vida diaria; sus reacciones estéticas frente a la naturaleza y frente a las obras de arte. Aún más: nos dan noticia de su juicio sobre hechos y personalidades históricas contemporáneas, de su opinión acerca de la literatura de su tiempo, de su emplazamiento en el orden de las relaciones intelectuales de entonces. Y todavía, nos transmiten datos preciosos en relación con la manera como se producía en Goethe la creación poética, cuáles eran y cuáles habían sido sus intenciones literarias en tales o cuales casos, cómo veía a las criaturas de su propio ingenio...

En cuanto documento sobre Goethe, las *Conversaciones* de Eckermann son, en verdad, inagotables. Nunca en la Historia literaria se ha rendido un informe tan cabal, minucioso y penetrante de la personalidad de un poeta como el que nos ha sido legado en este libro. Pero, como digo, ese aspecto fue siempre —y con razón— considerado y utilizado de modo preponderante por la crítica, y no es caso de insistir ahora sobre él.

En estrechísima, casi inextricable, trabazón con su carácter de documento, presenta en seguida el escrito famoso de Eckermann una *segunda* posible perspectiva: la que permite tomarlo como una obra más de

Goethe. Los dichos de un hombre de acción valen para ilustrar su personalidad; pero las palabras de un hombre de pensamiento, siquiera sean emitidas oral e improvisadamente y reproducidas con aproximación, pertenecen a su obra. ¿Qué no decir cuando ese hombre de pensamiento es un poeta en avanzada ancianidad, cuyo espíritu ha redondeado hace ya tiempo una comprensión del mundo que no deja resquicio sin premeditar, y cuando el que las reproduce es un alma devota y flexible, empeñada en plegarse a su maestro? En tal sentido, las *Conversaciones* de Eckermann pueden ser vistas como una miscelánea de Goethe, llena de su brillo y de su gracia madura.

Pero en torno a las dos figuras que platican a lo largo de sus páginas se va dibujando un delicioso cuadro de época, lleno de vivacidad y encanto. La Europa reaccionaria, restaurada tras las convulsiones a que la sometiera Napoleón, aparece reflejada en la vida diaria a través de las relaciones de la pequeña corte provinciana. Un cierto día vemos llegar a Eckermann trayéndole a Goethe la noticia de haber encontrado en la fonda al duque de Wellington, que hacía jornada en su viaje a Rusia; Goethe corresponde al ánimo sensacional de su informante preguntándole por el aspecto físico del héroe. En otra ocasión, vemos a Su Excelencia levantarse por dos veces y acudir en vano a la ventana para contemplar el esperado paso de unos trineos. Vemos al viejo poeta, repetidamente, complacerse en la lectura de los periódicos que le han llegado por la posta, o comentar los artículos del *Globe* de París, o las novedades teatrales de Berlín, o la gran novela de Manzoni, recién aparecida... Paseos, visitas, escenas de familia; ecos diversos de la Revolución de Julio; recuerdos, visiones del futuro... Todo esto, en suma, viene a integrar una *tercera* perspectiva del libro.

Será menester, no obstante, fijar la atención —más allá de sus contenidos concretos y más allá de su composición literal— en el sutil juego dramático de los dos personajes cuyos diálogos llenan sus páginas, para descubrir el verdadero interés literario de la obra. La tensión psicológica entre esas almas es lo que organiza y presta unidad a la redacción amorfa, constituyendo su verdadero, aunque recóndito, «argumento» y convirtiéndola en una pieza. Es fácil que Eckermann no sospechara nunca en el lector, a cuyo apetito intelectual suministraba tan sustanciales alimentos, la veleidad de reparar también en lo omitido. Pero lo cierto es que uno quiere, cuando ya ha sabido todo lo que dice, saber aquello que no dice, violentando todas las circunspecciones y cautelas de que él quiso rodearse.

Algunas son tan elementales que no requieren sagacidad especial: el silencio que, por ejemplo, guarda a propósito del hijo de Goethe, aludido siempre en forma deferente y distanciada, apenas consigue velar la anti-patía, y sugiere en cambio todo un mundo de cosas dolorosas y turbias. Es lo que suele expresarse con frase hecha como un «silencio elocuente», bajo el que se ocultan por respeto condiciones familiares muy complejas, que, sin embargo, no dejan de transparecer en el matiz con que se trata de las diversas personas implicadas.

Pero, junto a discreciones de ese tipo, perfectamente conscientes y deliberadas, disimulan las *Conversaciones* con su notarial objetividad el juego de sentimientos correspondiente a un acoplamiento espiritual *sui generis*, cuyos datos primarios están contenidos en las frases que antes reproduce, y en las que Eckermann y Goethe definen respectivamente su esencial actitud para con el prójimo, pero cuyas peripecias se despliegan en las alternativas de relato y diálogo. Están en él frente a frente dos naturalezas muy distintas, y el espectáculo de su relación es tan curioso y apasionante para el observador como el espectáculo de la relación entre dos animales de especies diferentes. Quien escuche la palpitación de uno y otro, quien atienda a su ritmo vital, podrá disfrutar a fondo de esta amistad intelectual peculiarísima, en cuya tensión no puede dejar de advertirse una solapada especie de pugna de donde recibe dramatismo la obra y por cuya virtud se presenta al lector como un todo coherente. ¿Cómo, de no ser así, tendría la emoción que tiene esa página donde Eckermann relata su postrera visita al maestro muerto? No se trata de una noticia para la Historia. Ni es tan sólo el amigo fiel que expresa sus sentimientos y consigue transmitirlos al lector. La verdad es que Eckermann no exterioriza ahí sentimientos naturales y vividos; no se aparece consternado, agitado en lo íntimo por la congoja. Más bien da la impresión de hacer literatura. No tiene ante sí el cadáver del amigo venerado, sino el cuerpo del héroe muerto. Nos dice: «Tendido de espaldas, descansaba como si durmiese... La poderosa frente parecía contener aún pensamientos». Y concluye: «Puse mi mano sobre su corazón —reinaba el silencio más profundo—, y tuve que apartarme para dar libre curso a mis lágrimas contenidas». Todo eso tiene los caracteres del desenlace de un drama...

Es, en efecto, el drama de esa trabazón vital que, mantenida durante años en anhelante contacto, se distiende ahora, por fin, cerrándose como creación literaria.

Pero no se impute el mérito entero de esa relación, tan fecunda para las letras desde cualquier punto de vista que se considere, a las obsecuentes y devotas disposiciones de Eckermann, a esa naturaleza que él mismo declara presta a la entrega fiel y al exclusivo servicio. Desde luego que no hubiera podido prosperar sin ese temperamento abnegado y entusiasta, unido a una inteligencia fina y a una extraordinaria sensibilidad de su parte; pero el conjunto de aptitudes por las que el joven discípulo estaba como destinado al servicio espiritual de Goethe no hubieran hallado tampoco su coyuntura de efectividad sin otras, paralelas y complementarias, por parte de Goethe mismo. A falta de ello, la voluntad de entrega de aquella alma receptiva no hubiera rendido fruto alguno; se habría disuelto en una relación inhumana; se habría perdido en adoración vacía. Aquel gigante espiritual hubiera sido de todo punto inabordable, de no concurrir también en él disposiciones que, a su manera, suponían asimismo una voluntad de entrega.

Ya en el comienzo de la amistad entre ambos, se comprueba, no sin alguna sorpresa, que la iniciativa corresponde al viejo, al potentado, al grande; que Goethe se esfuerza por retener a Eckermann, y utilizarlo, y servirse de él, y unirlo a su vida, y que para ello le ofrece ventajas capaces de seducir al joven desorientado. Sin restar importancia al cálculo de conveniencias y a lo que pueda haber de móvil egoísta en semejante conducta (pues ¿quién desconocerá que, bajo la alianza intelectual entablada y mantenida por ellos, subyace, de parte y parte, un tácito acuerdo de intereses?), sin menospreciar, digo, este importante estímulo, resulta con todo evidente en esa amistad la generosa facultad goethiana de participación, facultad que parece contradecir la idea abrupta del genio creador, y que sólo se explica cuando, como es el caso, la genialidad viene a concurrir sobre una amplísima inteligencia receptiva, configurando así una individualidad plena y armónica como pocas ha visto el mundo.

Más que en la amistad con Eckermann —hombre, al fin, mediocre— se acredita la facultad de participación de Goethe en su anterior amistad con Schiller. Quien se sienta inclinado a ver en las *Conversaciones* un testimonio del endiosamiento implacable del poeta, que pone a su servicio la abnegación de una personalidad tierna, aceptando, imperturbable, su sacrificio, recuerde el modo cómo, antes, había hecho todo por mantener una vinculación fecunda con otro talento, más joven que él también, pero éste refractario, arisco y difícil, sin aptitud ninguna para comprender la

personalidad ajena y, en el fondo, privado de toda efectiva receptividad. En la vinculación de Schiller y Goethe había sido, sin duda, este último quien lo puso todo, desplegando un sentido de la contemporización al que no le asignaba, por cierto, su talento y temperamento vigoroso, superior con mucho al de su amigo, sino más bien su naturaleza abierta al mundo. Las condiciones de ese precedente ilustre persuaden de que la ulterior actitud de Goethe para con Eckermann debió de ser muy otra que la reservada benignidad del gran señor condescendiente. Desde su altura, y sin apearse de ella por un instante, entró de seguro con su interlocutor en un comercio espiritual más cálido de lo que hubiera exigido su mera utilización egoísta, y desde luego, en una participación más honda de lo que permite inferir el texto de las *Conversaciones*. La posición respectiva, y la tendencia anímica del redactor hacia la obsecuencia reverente, hubieron de hacerle ver lo imponente, destacándose con exceso sobre lo íntimo-humano, en detrimento de aquella prodigiosa armonía que, en la figura de Goethe, es fuente de fascinación al mismo tiempo que de malestar y desconcierto, quizás porque apenas puede concebirse realizada dentro de tanta grandeza, y porque el equilibrio parecería a primera vista incompatible con la genialidad.

En Goethe se cumple de manera característica ese portento, y la disposición de Eckermann hacia él es la de quien se acerca al portento cumplido, y no al hombre vivo y problemático, hasta el punto de que, si puede hablarse de inhumanidad en la relación entre ambos, habrá que cargarla a la cuenta del joven, que contempla y considera a su gran amigo como un objeto histórico. En este sentido, fue más bien Eckermann quien utilizó a Goethe; quien, sin saberlo, usó y abusó de él, creyendo servirle. Y esa especie de sutil vileza, punto menos que indefinible, que trasciende a cada línea de las *Conversaciones*, reside no tanto en que el viejo aprovecha al joven para pedestal de su gloria como en que el joven trata al viejo a la manera de un monumento, y no como a un ser viviente. Por lo demás, el propio Goethe se trata a sí mismo como si fuera un monumento; sin ello no hubiera tenido explicación, ni posibilidad siquiera, semejante actitud en un alma tan dócil como la del discípulo, cuyas tendencias beatas habrían sido interceptadas, en lugar de recibir pábulo...

Esto nos empuja hacia la consideración psicológica que Ortega y Gasset reclamaba en su espléndido estudio del Centenario (1932), al pedir *un Goethe desde dentro*. El notado envaramiento del hombre daba, ya